

## LA LITURGIA COMO FUENTE DE UNIDAD EN LA IGLESIA

### I

#### PERSPECTIVAS TEOLOGICAS Y LITURGICAS

El plan de estas líneas dimana de la misma lógica interna del tema. Trataremos los puntos siguientes, yendo de dentro a fuera, de la constitución íntima de la Liturgia a su expresión externa: Existen diferentes clases o grados de cohesión en la unidad (I). El Misterio eucarístico constituye el eje central de la unidad mística de la Iglesia (II). Dicha unidad se significa y realiza por medio de los signos litúrgicos (III). No basta contentarnos con exponer dogmática y objetivamente la Teología del Sacrificio, limitándonos sólo a lo que Dios ha hecho. A la pastoral educativa corresponde avivar la conciencia de unidad eclesial en las almas, para conducir las a su actualización personal (IV). Finalmente, la acción unitiva que produce la Misa debe, por su fuerza interna, realizar también la unidad en la vida (V).

#### I. — LA UNIDAD: CLASES

¿Cuáles son y qué afinidad poseen entre sí las diferentes clases de unidad?

En los hombres se dan muy diversas formas de unidad.

a) *Jurídica*. — Existe, en primer lugar, la unidad que nace de la nacionalidad, región, grupos profesionales o religiosos, contratos... Es éste un género de unidad relativamente débil, considerado sólo jurídicamente. Contiene, sin embargo, las bases de otra unidad más entrañable.

b) *Moral*. — Más profunda que la anterior, es la unidad en los sentimientos interiores o coincidencia intencional de dos o más personas. Resulta aún más profunda cuando impulsa a la acción externa, constructiva. Esta acción, a su vez, la interioriza y densifica a causa de la fecundidad inherente a las infinitas formas de expresión propias del hombre. Dos ejemplos elocuentes: el matrimonio y la vida apostólica de una comunidad. En ambos casos, la unión de varios engendra realidades y seres nuevos: los «expresa» en el sentido hondo de la palabra. Por otra parte, la creación de estas realidades nuevas da más solidez a la unión de los elementos causales.

Los géneros de unidad mencionados son sólo de orden accidental, porque no existe principio personal alguno que sea común a varios individuos y les dé unidad de carácter ontológico.

c) *Ontológica mística*. — Sin salirnos de la esfera humana, la unidad más profunda es aquella que, superando la unidad moral, origina unidad en el ser, no obstante agrupar seres individuales. Hablamos de unidad ontológica accidental. Es el grado más perfecto de unidad, antes de llegar a la escala de las Personas divinas.

Existe verdadero organismo espiritual, en el cual nos hallamos vitalmente enraizados y unidos todos los miembros de Cristo. Le llamamos Cuerpo Místico, expresión que no encierra vaguedades e imprecisiones. Lo místico en nada deroga lo real. Místico significa que el organismo pertenece al orden sobrenatural de la gracia. En la economía de la salvación, esta verdad tiene su raíz en el misterio Pascual: Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo y sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía.

Semejante unidad no conoce paralelo entre las realidades humanas, si bien la Sagrada Escritura, y con ella la Liturgia, emplean para significarla las figuras metafóricas de Cuerpo, Viña, Desposorio, Pueblo, Templo, etc.

Esta unidad ontológica de los hombres entre sí y con Dios es necesariamente accidental. En cambio, la de las tres Personas divinas es sustancial, por cuanto poseen una misma e idéntica sustancia.

Más allá, pues, de nuestros intentos ascéticos de unión con el prójimo, por debajo de las realizaciones efectivas de comprensión y ayuda, discurre esa unidad misteriosa, ontológica, que funda, justifica y exige nuestros esfuerzos por la unión; y constituye también nuestro refugio y nuestra esperanza cuando los esfuerzos del hombre no

consiguen esa unidad en los sentimientos y acciones por la que hoy la humanidad desesperadamente anhela.

Las deficiencias morales que descubrimos en nuestros hermanos, si bien ejercen su parte de influencia en este organismo místico, no deben levantar tabique de separación entre miembros del mismo organismo. Deberíamos mirarlas con la paz con que enjuiciamos las diferencias y deficiencias físicas, como la corteza, que esconde, al mismo tiempo que provoca, visión más profunda del árbol. En efecto, más allá de lo que nos diferencia, nos separa y, a veces, nos enfrenta, existe la vinculación profundísima que nos imanta: es éste el fermento que ha de tomarse como norma al enjuiciar a nuestros hermanos. Cambia completamente de perspectiva nuestra actividad cristiana, si nos guiamos por este axioma sobrenatural, principio de ser y de acción.

Es importantísimo referirse constantemente a este grado de unidad superior. De lo contrario, nuestras acciones no pasarán de simples actividades, humanamente lógicas, o de camaradería, partidismo, espíritu de clase, de congregación, de cofradía... La verdadera unión mística, por el contrario, llegado el momento de las opciones, prescinde de los lazos de sangre o de familia, que nos vinculan a los grupos humanos, y se guía a tenor del Espíritu, principio vital de la unión.

Esa unidad fundamental nos consuela, cierto. Pero al mismo tiempo está condenando todos los conatos de separación entre los hombres. En efecto, estar separado de los demás es desgarrarse del Cuerpo de Cristo.

La acción misma de gobierno en la Iglesia no tiene el carácter impositivo que la palabra evoca en los gobiernos humanos. Su fin propio es la caridad o consumación del Cuerpo Místico; carece de toda coacción que no sea la puramente moral.

d) *La unidad doctrinal.*—La confesión de la misma doctrina es también principio de unidad en el Cristianismo. Y esto, no tanto ni principalmente por el hecho de que todos coincidan «intelectualmente» en las mismas afirmaciones doctrinales. Sería mera ortodoxia formal contentarse simplemente con afirmar una proposición doctrinal como verdadera. Tal coincidencia en idénticas fórmulas no originaría unidad profunda. La unidad doctrinal funda la unidad cristiana menos por lo que afirma verbalmente cuanto por lo que entraña de vitalidad y de realidades y relaciones cristianas santificantes. Si es cierto que el Cristianismo no se define esencialmente como simple esquema

de verdades<sup>1</sup>, la doctrina cristiana será vínculo y foco de unidad en la medida en que resulte para el cristiano como trampolín y expresión de realidades espirituales dinámicas. Si por la doctrina nos orientamos hacia realidades, por la puesta en acción se consume la unidad personal, moral y, sobre todo, mística. Unidos los tres elementos, tenemos la unidad perfecta. En consecuencia, no basta para que haya unidad doctrinal, en su sentido profundo, la coincidencia en las verdades. Se requiere, además, la convergencia en el amor.

De ahí que cuando no moramos en el amor, aun cuando afirmemos positivamente las verdades, en realidad ya no estamos en ellas, puesto que la verdad cristiana, para serlo según toda su densidad, debe ser mensaje, es decir, ha de transformar al hombre, y esto sólo lo hace el amor. Y viceversa, la separación involuntaria o inconsciente de parte de la doctrina no separa de su totalidad, si la unión personal con las realidades espirituales se sigue manteniendo firmemente<sup>2</sup>.

Adam Möhler pensaba que lo constitutivo de la herejía, en el fondo, no es tanto la separación de los herejes en punto a verdades cuanto su desunión del cuerpo vivo de la Iglesia, cabeza y miembros<sup>3</sup>. Y seriamente analizadas, eso son las herejías y cismas.

---

<sup>1</sup> Sobre la esencia del Cristianismo, no accesible en un sistema metafísico ni en la moral sino en una acción sagrada, es decir, en la Liturgia pascual, cfr. la sabrosa página 72 de Louis BOUYER, *Le Mystère pascal. Méditation sur la Liturgie des trois derniers jours de la Semaine Sainte*, Cerf, Paris, 1957, 5.ª edición.

<sup>2</sup> Siempre hemos de enjuiciar con este criterio el verdadero valor de las comunidades cristianas, religiosas o no. Puede darse que cierta regularidad y fidelidad en las formas y convenciones coexista con la separación íntima entre las personas. Entonces, las formas ya no realizan su fin propio, la caridad, porque han perdido el espíritu informador en personas por otra parte adheridas celosamente a su forma ritual.

<sup>3</sup> «Cette unité organique de l'Eglise peut être détruite de deux manières: Ou bien par un intellectualisme exagéré qui remplace la priorité de l'amour par celle de la raison, ou bien par une sorte d'égoïsme qui n'est pas satisfait de sa condition de membre dans l'Eglise. Par conséquent le péché d'hérésie, pour Moehler, n'est pas en premier lieu le refus d'une formule, d'un pouvoir, mais l'égoïsme d'une expérience inorganique qui ne veut rien savoir de la primauté de la communion fraternelle dans l'amour (...). Donc, l'hérétique prend le christianisme comme un système, il veut le comprendre avant de le croire; il veut être libre avant de se soumettre aux conditions de la vie. L'hérétique méconnaît le caractère concret et vital du christianisme et il se forge des arguments de critique textuelle et historique» (P. Stanislas JAKI, O. S. B., *Les tendances nouvelles de l'ecclésiologie*, Herder, Roma, 1957, página 27; cfr. también las páginas 24, 25 y 26).—«Die Prädikate der Kirche, einig, heilig, wahr, sind ihrem Wesen nach eins. Der Heilige Geist ist auch der Geist der Wahrheit, und Heiligkeit und Liebe sind dasselbe; oder: das die Gläubigen vereinigende Prinzip, die Liebe, ist identisch mit Heiligkeit; Liebe ist die Quelle der Wahrheit. oder: die Erkenntnis

## II.—LA EUCARISTIA, HOGAR DE LA UNIDAD MISTICA

La unidad ontológica en el cuerpo de la Iglesia la produce la presencia de un término aglutinante: el Dios encarnado. Cristo, como hombre, se ganó para sí la nueva Iglesia, de la cual El es no solamente la Cabeza, sino también el principio vital con el Espíritu Santo.

Si bien en sí mismo este misterio es invisible y puramente espiritual, el Señor quiso sensibilizarlo por medio del sacramento de la Eucaristía. La naturaleza encarnada del Señor y la misma naturaleza del hombre, visible y operante a través de signos sensibles, exigen dicha sacramentalidad.

Por el simple hecho de su existencia, el sacramento eucarístico en realidad ya coloca los fundamentos del Cuerpo Místico. Por la Eucaristía, aun antes de que la recibamos, ya se reúne en Cristo toda la familia por El redimida. Es el mismo efecto que se produjo en la muerte del Señor. El sacramento lo significa, lo realiza y lo aplica. La comunión sacramental del sacerdote y de los fieles, sin restarle nada de su importancia, no es esencial a la construcción del Cuerpo Místico. Es la participación más consciente y personal y como aplicación a uno mismo, al modo humano, ritual, sensible y social, de la realidad mística ya verificada en la consagración en favor de todo el cuerpo eclesial.

### LA EUCARISTÍA, VERDADERO CUERPO MÍSTICO

Es significativo que en toda la Edad Media, la expresión «Cuerpo Místico» se aplicase al sacramento de la Eucaristía. En él, en efecto, se veneraba no sólo el Cuerpo individual del Señor, sino todo el Cuerpo de la Iglesia, por cuanto en el sacramento eucarístico está significado y seminalmente contenido<sup>4</sup>. El ampliar esta apropiación a toda la Igle-

---

des Christen bilden die aus seinem Gemüte sich erhebenden, durch den Verstand aufgefangenen, gebrochenen und in Begriffe gefassten Strahlen seiner *heiligen Liebe*. Da Einigkeit, Wahrheit und Heiligkeit Gabe des Heiligen Geistes sind, so lässt sich auch sagen: ist er immer in der Kirche, so kann sie nie aufhören einig zu sein, heilig und wahr» (Johann Adam MÖHLER, *Die Einheit in der Kirche*, Jakob Hegner, Köln und Olten, 1956, p. 22).

<sup>4</sup> Cfr. el concepto de San Agustín sobre la Eucaristía en relación con la Iglesia en: Louis VILLETTE, *Poi et Sacrement*, Bloud et Gay, 1959, pp. 288ss.

sia fue derivación lógica del primer significado, ya que en la Eucaristía tiene su sustentación la unidad vital de la Iglesia.

Esta idea la expresa literalmente San Pablo: «El Cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Cristo? Y el Pan que partimos, ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único Pan»<sup>5</sup>. También se contiene de modo general en los diversos pasajes relativos a la Eucaristía, que, si bien hablan de la recepción individual del cristiano, encierran en su contexto general el principio según el cual es imposible otra unión a Cristo que aquella que encierra al mismo tiempo adhesión al cuerpo total, al Reino, al Banquete, pues Cristo no es sólo tronco de la vid, sino la vid entera, y, por lo mismo, en El están contenidos todos sus redimidos, tanto que un autor moderno se atreve a afirmar que en el Cristianismo sólo existe Cristo<sup>6</sup>, de tal forma el ser espiritual del cristiano tiene en El no sólo su origen, sino también su realidad perenne.

Fundado en el apóstol Pablo, Santo Tomás afirma que «la Eucaristía es el sacramento de la unidad eclesíástica»<sup>7</sup>. «Su efecto es la unidad del Cuerpo Místico, sin la cual no hay salvación»<sup>8</sup>. Para recibir este efecto, la recepción sacramental no es necesaria<sup>9</sup>.

La Eucaristía se endereza, pues, fundamentalmente a la consumación del Cuerpo Místico. El efecto de alimentación en cada individuo se ordena últimamente a la consecución de este resultado último en toda la grey de Cristo. Es más, «aun antes de proporcionar a cada uno la gracia personal, la comunión es signo para la Iglesia de la anticipación de la comida celeste»<sup>10</sup> en el Reino del Padre.

La comida en la Eucaristía no es comida sin más. Es más bien el banquete que acompaña a los que realizan el sacrificio; ahora bien,

<sup>5</sup> I Cor 10, 16-17.

<sup>6</sup> «Ne nous y trompons pas, nous n'aurons pas rendu pleinement justice à cet enseignement (cap. XV de San Juan sobre la alegoría de la viña) aussi longtemps que nous n'en serons pas arrivés à cette conclusion que dans le christianisme il n'y a que le Christ. Dans la pensée divine, nous ne sommes pas, l'Église n'est pas ajouté au Christ, quelque intimement liée à lui qu'on la conçoive. Elle est le Christ révélant peu à peu la plénitude de son être. En venant à lui, en d'autres termes, nous ne lui apportons rien, nous ne faisons que nous retrouver en lui» (Louis BOUYER, *op. cit.*, p. 189).

<sup>7</sup> S. T. q. 73 a. 2.

<sup>8</sup> S. T. q. 73 a. 3.

<sup>9</sup> Id. q. 73 a. 3 sol. 1.

<sup>10</sup> Aimé Georges MARTIMORT, *Les Signes de la Nouvelle Alliance*, Ligel, Paris, 1959. Cfr. también las pp. 273 y 274.

éste tiene por objeto establecer pacto entre los miembros contrayentes. En nuestro caso, Dios y el Pueblo.

En las mismas religiones mitológicas naturistas, tal ha sido siempre el significado de la comida, al formar parte del rito sacrificial.

El comer significa, pues, la vinculación íntima entre los miembros. Al mismo tiempo, como acción humana, es la que más virtud tiene para anudar íntimamente los vínculos de amistad, como todos sabemos por común experiencia.

#### LA EUCARISTÍA CONTIENE LA ETERNA ALIANZA

La Eucaristía es sacramento de la unidad fundamentalmente porque significa y a la vez contiene el sacrificio de *la Eterna Alianza*. Es éste el principal elemento bíblico que debemos hacer entrar en juego si queremos entender el sentido de unidad de la Eucaristía: en general, todos los sacramentos palidecen y quedan reducidos a bien poca cosa si se los separa de la conexión y experiencia histórico-religiosas que les sirven de soporte. Este principio tiene especial aplicación en la Eucaristía. Hay, en efecto, todo un conjunto de acontecimientos bíblicos que la insinúan, explican y densifican.

Decíamos que la Eucaristía es, por antonomasia, la Nueva y Eterna Alianza. Ahora bien, la Alianza constituye el elemento más sólido sobre el cual se forja un bloque de hombres unidos como nación y como religión. Toda la historia del pueblo de Israel hasta nuestros días se ha fraguado a partir de la Alianza: Dios se vincula a la historia de unos hombres determinados, y los hombres, en haz apretado, cuelgan su destino —para lo mejor y para lo peor— en manos del primero de los miembros contrayentes, Dios. Sin que ellos mismos se den cuenta, este hecho los va estrechando tan íntimamente, que el ejemplo del pueblo judío, nacido como tal pueblo de la Alianza, es uno de los casos de solidaridad humana y religiosa más singulares, misteriosos y dramáticos que se conocen en la historia.

Es cierto que, bajo este aspecto de solidaridad étnica, el Cristianismo, como pueblo estrictamente dicho, no se coloca en la línea del pueblo judío. Pero la solidaridad de Israel en el orden nacional, nacida de la Alianza era, como en otros órdenes, figura o signo misterioso de la solidaridad mucho más profunda surgida en el pueblo

cristiano de la Nueva Alianza en Jesucristo. Como el pueblo judío y, con mucha mayor verdad, el pueblo cristiano nació del acontecimiento salvador de la Nueva Alianza, se refiere constantemente a ella y va renovándose, reactualizándose y conformándose a ella sin cesar, en la marcha de su historia peregrina, algo así como el ser humano, en instantes repetidos, va renovando su ser en nueva y siempre más perfecta creación.

Es obvio que las palabras de la Consagración o, mejor, los acontecimientos narrados en ellas — ¡siempre la Alianza! —, que constituyen la quintaesencia de la gran epopeya histórica de nuestra Redención, deben constituir el punto de partida de la Catequesis de la Misa, ya que en esos acontecimientos se halla el origen y la consumación de la unión de los cristianos.

Por supuesto que dicha Catequesis tendrá en cuenta la edad y psicología de los niños; pero es indiscutible que se ha de centrar en la historia bíblica de la Redención, si no queremos edificar sobre abstracciones intelectuales.

#### OTRAS FIGURAS BÍBLICAS.

Con la Alianza tiene íntima relación el *Cordero Pascual*. Su celebración rememora el origen temporal del pueblo israelita como pueblo liberado de Egipto por Dios con «brazo extendido y mano poderosa»<sup>11</sup>.

El ángel, dando muerte a los primogénitos de los egipcios, señala el «paso» de Dios para salvar a su Pueblo. Los judíos ven entonces y seguirán viendo más tarde en el Cordero Pascual el símbolo y la realidad de su liberación, no en calidad de individuos particulares, sino como grupo nacional. ¡Siempre el misterio de solidaridad, tan constante en la experiencia religiosa de Israel narrada en los escritos bíblicos!

Más tarde, cuando los judíos celebrarán el gran acontecimiento en medio de emocionante liturgia, reviven en la Pascua la quintaesencia de su religión y de su stirpe nacional. La celebración pascual producía en ellos, además, cohesión más acendrada y consciente.

El Cordero pascual es una de las figuras más indiscutibles de la Eucaristía. Tiene, por añadidura, la ventaja extraordinaria de con-

<sup>11</sup> Salmo 135.

jugar en sí diversos elementos que perfilan acertadamente la imagen de la Eucaristía: hay en ella comida, en contexto lírico y al mismo tiempo en ambiente de combate; se perfila la imagen del pueblo caminante en medio de inquietudes y dificultades; se produce la muerte de uno para salvarlos a todos, y, finalmente, nos gozamos con el triunfo de la salvación. Esta «complicación» de elementos convierte al Cordero pascual, junto con la Alianza, en la figura por excelencia de la Eucaristía.

También el *maná* figura la unidad cristiana: cae para todo un pueblo comprometido en el mismo drama, necesitado del mismo alimento para llegar al mismo fin; cesa, también para todos, cuando las sombras ceden el paso a la realidad, en la Tierra Prometida.

En lo relativo a la figuración de unidad propia de la Eucaristía, hay diferencia profunda entre evocarla como simple alimento individual y celebrarla como la Nueva Pascua de toda la Iglesia, según la perspectiva señalada. Y esta diferencia se extiende no sólo al contenido doctrinal o ideológico, sino también a la esfera de la experiencia religiosa que su evocación debe producir en los cristianos.

Por eso, es imposible dar razón suficiente de todas las facetas complementarias que integran la Eucaristía, si no se consigue que nuestros fieles evoquen existencialmente estos aspectos de solidaridad e incorporación a un mismo destino en Jesucristo.

#### APLICACIONES PASTORALES

Al llegar aquí, piensa uno en todo el camino que nos queda aún por recorrer. Innúmeras formas de comportarse nuestros cristianos respecto de la Eucaristía reflejan ese individualismo, que choca tremendamente tanto con el Misterio de la Misa (Alianza, Cordero pascual, Muerte de Cristo por la comunidad de la Iglesia...) como también con la expresión ritual que de ella ha ido elaborando la Tradición de todos los tiempos, de modo especial en las épocas de mayor creación y vitalidad litúrgicas<sup>12</sup>.

Este sentido de unidad lo han ido desvirtuando, una tras otra, costumbres introducidas en el culto y en la piedad cristiana: dimensión

<sup>12</sup> Ildefonso HERWEGEN, *Iglesia, Arte, Misterio*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1960, pp. 26, 28, 29, 30, 41-45.—Odo CASEL, *El misterio del culto cristiano*, Ed. Dinor, San Sebastián, 1953, pp. 35-47, 100ss., 131ss.

crudamente individualista de la mayor parte de los cantos<sup>13</sup> y oraciones populares relativas a la Misa, en contraste con el acento comunitario de los elementos litúrgicos<sup>14</sup>; actitud anárquica de los asistentes (falta de unión externa e interna con los presentes y con toda la Iglesia, desatención a los demás, dificultad de escuchar la palabra proclamada públicamente para todos, más bien que leída por el solo individuo); infinidad de menudencias que, con detrimento de la unidad, se han ido introduciendo en el exorno de nuestras iglesias: consterna observar, por ejemplo, cómo a inmensas masas de cristianos y de educadores resulta casi escandaloso un templo en que dominen los elementos fundamentales y «unitivos» del culto cristiano: presbiterio, altar, crucifijo. Vivimos tan inmersos y esclavos de nuestro clásico barroco —una de las épocas más decadentes en todo lo relativo a la liturgia<sup>15</sup>—, que aún gustamos de su anárquico arte religioso. ¡Cuánto orden y armonía queda aún por restablecer en nuestras categorías valorales! ¿Qué decir de nuestra escasa sensibilidad a un minimum de condiciones de dignidad, unidad, belleza, decoro y sobriedad, que son como la respuesta, en lo que de nosotros depende, al misterio de unidad de la Liturgia?

Es fácil adivinar, por poco que reflexionemos, que todo esto entraña especial importancia para la formación de nuestra juventud. Si empezáramos por ahí, hallaríamos más fácilmente el diagnóstico a su profundo aburrimiento en los oficios litúrgicos.

### III.—LA UNIDAD SE SIGNIFICA Y REALIZA RITUALMENTE

#### LA MISA EN SUS SIGNOS LITÚRGICOS

Refiriéndonos al Misterio de unidad propio del sacramento eucarístico, corremos el riesgo de limitarnos a la sola perspectiva especu-

<sup>13</sup> Cfr. *Cantemos al Señor*, patrocinado por el Instituto de Pastoral de Salamanca, publicado y distribuido conjuntamente por el Instituto Pontificio San Pío X, Tejares (Salamanca), Hechos y Dichos y PPC. Está llamado a influir poderosamente en la vida litúrgica popular, ya por la selección de las piezas musicales como por el precio asequible y por la unión de varias entidades que se han unido para hacerlo conocer en el círculo de sus influencias respectivas.

<sup>14</sup> Colóquese, por no citar más que un ejemplo, en dos columnas paralelas, por una parte la expresión litúrgica del tiempo de Navidad, que el pueblo, desgraciadamente, apenas gusta ni conoce, y en la otra la abundante expresión folklórica que el pueblo conoce y que sola no puede sustituir sin enorme pérdida espiritual al contenido y seriedad hondos de la liturgia.

<sup>15</sup> Cfr. Louis BOUYER, *La vie de la liturgie*, Cerf, Paris, 1956, Cap. XI.

lativo-dogmática. En ese caso, huelgan otras explicaciones que no se refieran a los efectos esenciales radicados —como ya hemos dicho— en la Consagración.

Entonces se incurre en una visión unilateral e incompleta de la Eucaristía, pues sólo considera un aspecto de la verdad.

En términos generales, se puede afirmar que lo específico de la Teología de la Liturgia de la Misa, a diferencia de la simple Teología del sacrificio, consiste en que el objeto de aquélla es significar sensiblemente, en el espacio y el tiempo, mediante formas y «juegos»<sup>16</sup>, la virtualidad del misterio eucarístico<sup>17</sup>.

En otros términos: los diferentes signos de la Misa tienen por objeto presentarnos en sus partes y detallarnos el misterio de la Consagración. De ese modo, ofrecen a nuestra atención, unas tras otra, las diversas facetas del misterio eucarístico.

La razón humana de la Misa, como Liturgia, radica en nuestra necesidad psicológica de concebir la realidad sólo gradualmente o, lo que equivale a lo mismo, en la naturaleza de nuestro ser encarnado, que necesita dividir el todo en sus partes analíticas para concebir sólo a la postre, en visión sintética, la razón de unidad que existe en la Eucaristía<sup>18</sup>. Por eso, la misma necesidad vital de la Iglesia, más

<sup>16</sup> Cfr.: Romano GUARDINI, *Signos Sagrados*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1957.—Joseph PASCHER, *L'évolution des rites sacramentels. Contribution à une morphologie des signes sacrés*, Cerf, Paris, 1952, sobre todo el capítulo II. (Es traducción del alemán.)

<sup>17</sup> Cfr.: Cipriano VAGAGGINI, O. S. B., *El sentido teológico de la liturgia*, B. A. C., Madrid, 1959, capítulos 2.º al 5.º—A. M. ROGUET, *Proclamación de la Palabra de Dios*, Seminarios, 7 (1958) p. 4ss.—P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, f. s. c., *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, Salamanca-Tejares, Capítulo 2.º—IDEM, *La Misa, escuela de la vida cristiana*, «Educadores», 1 (1959) pp. 555ss.

<sup>18</sup> «Las cosas que se celebran son tan grandes, tienen tan diferentes efectos y tan diversos aspectos que la Iglesia, no pudiendo decirlo todo ni explicar todo el alcance del misterio divino en un solo pasaje, divide la ceremonia, aunque simple en sí misma, en diversas partes con palabras convenientes para cada una, a fin de que todo el conjunto forme un mismo lenguaje místico y una misma acción moral. Y así es como, para hacer más sensible la ceremonia, la Iglesia habla en cada parte como si lo hiciera actualmente, sin tener en cuenta si ya se ha realizado o todavía puede suceder; muy contenta de que el contenido se halle recogido en la acción total y de que ésta sea la más satisfactoria, viva y palpable explicación del misterio que se pudiera desear (...). El lenguaje humano no puede expresarse sino poco a poco, y Dios, que ve en nuestros corazones de una sola vez lo que hemos dicho, lo que decimos y lo que queremos decir, escucha todo y nos lo concede en los momentos más oportunos, sin necesidad de hacerlo en el instante en que se pidió; basta sólo con que nos expresemos con acciones y palabras convenientes y que todo el conjunto de ritos, aunque sea desarrollado sucesivamente, nos vaya proponiendo en unidad todos los efectos y todas las caras

bien que sus prescripciones formales —que le son posteriores— es la que ha ideado la Liturgia, para irnos inculcando suavemente el misterio eucarístico. La explicación última de todo aquello reside en la economía o leyes hondas del Misterio de la Encarnación: participamos de la Divinidad con actitudes, gestos y objetos que pertenecen al orden de lo cosmológico, corporal, temporal, humano...

#### EL MISTERIO DE UNIDAD EN LOS SIGNOS LITÚRGICOS

Volvamos a nuestro tema. ¿Cómo se expresa a través de los signos litúrgicos el misterio de unidad eclesial que crea la Santa Misa? Señalamos algunos elementos solamente:

En otros tiempos, para la celebración de la misa más significativa de todas, la del Jueves Santo, se llevaba a las iglesias sufragáneas el *fermentum* o sobrante de la Misa del Obispo. Esta repartición manifestaba sensiblemente el misterio de unidad de la iglesia madre con todas las filiales en su cabeza suprema, el obispo. Es la unidad en el espacio.

También el Jueves Santo, el *lavatorio de los pies* evidencia gráficamente el servicio a los hermanos y la unión con ellos que debe preceder a la acción sagrada: todas las diferencias humanas y las dignidades desaparecen, ya que nos impedirían formar una misma cosa ante el Señor de todos.

#### ORACIONES DE LA MISA

Las *oraciones de la Misa*, tomadas en bloque, expresan los sentimientos nacidos de un cuerpo unido como de un mismo y único corazón. Es significativo este sentido «plural» de la Liturgia. Los investigadores de la historia de la Liturgia están de acuerdo en afirmar que las excepciones a esta ley, es decir, algunos textos, testigos de cierta piedad individualista, expresada en singular, que hoy tenemos en la liturgia romana, se insertaron en época litúrgicamente de-

---

del divino misterio» (BOSSUET. *Explication de quelques difficultés sur les prières de la messe à un nouveau catholique*, éd. Garnier, pp. 617-619, citado por el P. Roguet en «Seminarios», 7 (1958) p. 6.

cadente, en la cual el sentido de salvación en comunidad había amornado ante la incomprensión del misterio litúrgico<sup>19</sup>: éste no era ya el alimento del pueblo, vuelto hacia otros ideales espirituales más conformes con el estado de su piedad. Parece natural que en esa situación la piedad individual del clero, entonces único activo en la liturgia, fuese la inspiradora de dichos textos, hoy incorporados a la estructura de la Misa.

Esos ejemplos son ligeras excepciones, poco significativas, al lado del edificio imponente que supone el resto.

#### LECTURAS BÍBLICAS

Las *lecturas bíblicas* de la Misa constituyen uno de los elementos más significativos y operativos de su dimensión comunitaria. Hoy esto nos parece extraño, en primer lugar, porque las lecturas en la Misa han perdido su carácter, acento y forma propios, para convertirse en tarea impuesta al sacerdote. La incomprensión de la lengua es una de sus causas principales. También hay que explicarlo, en segundo lugar, porque hemos perdido el sentido de solidaridad y entrega o misiva que por su propia naturaleza tienen las lecturas y, en general, toda palabra dirigida o recibida por una comunidad o individuo<sup>20</sup>.

Si consideráramos el fenómeno de las lecturas según sus diversas perspectivas de significación, no nos será difícil descubrir su sentido comunitario.

En efecto, al ser la Misa un banquete con palabras alusivas a personas que con nosotros tienen comunidad de vida, resulta evidente que no se la pueda celebrar si en ella no están presentes intencional y místicamente los personajes cuya razón de existir fue el Misterio pascual: unos lo prepararon, otros lo hicieron posible (María, los apóstoles), otros se han santificado y se santifican por su virtud redentiva (los santos, la Iglesia militante y purgante).

En segundo lugar, la lectura y evocación de los grandes misterios

<sup>19</sup> Cfr. Cipriano VAGAGGINI, *op. cit.*, pp. 247-271. Es un interesante capítulo sobre *La liturgia y la ley de la salvación en comunidad*, estudiada a través de la misa, sacramentos, oraciones litúrgicas y breviario. Puede consultarse también el interesante libro de J. A. JUNGSMANN, *La Santa Misa como sacrificio de la comunidad*, Verbo Divino, Estella, 1959.

<sup>20</sup> Cfr. Georges GÜSDORF, *La Parole*, P. U. F., Paris, 1956, las páginas 111 y stes., en que habla de la dimensión ética que tiene la palabra en general.

salvíficos de la Biblia ponen al vivo la conciencia de nuestro origen cristiano, al permitirnos revivir la epopeya de nuestra esencia cristiana. Esas lecturas son el recuerdo, o mejor, incoan ya la realización misteriosa de las grandes gestas de nuestra familia recapitulada en Cristo. ¿Quién pondrá en duda, si acepta estas perspectivas, que las lecturas tienen significación al mismo tiempo que eficiencia unificadora de primera magnitud? <sup>21</sup>.

Como es lógico, se requiere por nuestra parte que sepamos descubrir esas riquezas. Es el problema de la educación bíblica. Pero, en sí mismas, las lecturas poseen esta fuerza de unidad.

#### OFERTORIO

El *ofertorio* ha sido también el rito en que más se ha evidenciado la aportación positiva de «todos» los cristianos al sacrificio. En otros tiempos, el reunir todas sus ofrendas en manos del sacerdote significaba su participación como pueblo. El sacerdote entremezclaba tanto las ofrendas de «todos», que en tiempo de San León Magno pareció a una dama cristiana cosa insólita y curiosa haberle tocado en la comunión la misma e idéntica ofrenda —ahora el pan consagrado— que ella depositara anteriormente.

#### CANON

El *canon* es oración solemne que rememora patéticamente todo el plan de nuestra salvación, en el cual se integra necesariamente nuestra salvación individual. No se puede dar un paso en esta oración del Canon, sobre todo si se tienen a la vista las liturgias comparadas y el estado original del canon romano, sin descubrir en él una como sinfonía fantástica que empieza por la creación, continúa con la Redención, procediendo en el movimiento ascensional hacia la escatología de toda la humanidad. En ese proceso sinfónico se integran los vivos, los difuntos, los ángeles, los santos, la Virgen Santísima. Es siempre un pueblo, y no el individuo, el objeto de la acción salvífica de Dios <sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Cfr. Louis BOUYER, en *La vie de la Liturgie*, el interesante capítulo 3.º, sobre la fuerza de reunión de la asamblea cristiana que posee la Palabra de Dios, proclamada al pueblo.

<sup>22</sup> Cfr. la anáfora griega de la Liturgia de San Basilio, en que este panorama de la humanidad rescatada aparece con líneas más definidas no obstante la exuberancia y riqueza de las expresiones. VAGAGGINI, *op. cit.*, la cita en las páginas 162ss.

En el corazón del Canon se sitúa la renovación de la *Alianza Eterna*. Cristo nos une a Sí de tal modo, que «la realidad de nuestra unión a Cristo hace que cuantos en ella han entrado permanezcan en adelante inseparables de El, de tal manera que otros no podrán entrar a su vez sin que los una entre sí y con El al mismo tiempo»<sup>23</sup>.

#### FRACCIÓN DEL PAN

La realización ritual de la unión de los cristianos entre sí y con Cristo tiene su expresión más gráfica en el rito de la *fracción del pan* que se consuma con la comunión: el gesto de partir el pan el jefe de familia entre todos sus miembros evoca por sí mismo la unión de los que asisten al banquete. Encuentran entonces su más acabado cumplimiento las palabras de Pablo: «Como no hay más que un solo pan, nosotros, aunque numerosos, sólo formamos un cuerpo, porque participamos de un pan único»<sup>24</sup>.

El origen de este rito corrobora su sentido de unidad. Todo sacerdote, al celebrar la Misa del Jueves Santo, debía añadir al cáliz el *fermentum*, es decir, una partícula del pan eucarístico consagrado por el obispo. Era el signo de la unidad en el espacio. El mismo obispo ponía en su cáliz los restos de una Eucaristía celebrada anteriormente, signo de unidad en el tiempo.

#### COMUNIÓN

La *comunión* es el complemento normal de la fracción, y constituye el rito litúrgico por excelencia de la unión de los cristianos<sup>25</sup>.

Desgraciadamente, nuestros últimos siglos de individualismo la

<sup>23</sup> Louis BOUYER, *Le mystère pascal*, p. 272.

<sup>24</sup> I Cor X, 17.

<sup>25</sup> «La nature profonde de l'Église se révèle par conséquent à la communion. Autour de la table sainte où tous participent au pain unique, elle manifeste ce qu'elle est aux yeux de la foi: la participation de l'humanité multiple et divisée à l'unité du Fils fait Homme, «la plénitude du Christ se complétant tout en tous» (L. BOUYER, *Le Mystère pascal*, p. 200).

han convertido, como afirma el Cardenal Lercaro, en la comida de fonda individual tomada de prisa y corriendo, sin pensar en los otros compañeros de viaje. De la comunión sólo han quedado para nuestros cristianos gestos individualistas y egocéntricos. Muchos esfuerzos realizados para sumergirles en los sentimientos de toda la comunidad suelen sonar a hueco. Está ausente de sus perspectivas espirituales el movimiento profundamente ascético - místico de la presencia de Cristo en los hombres, hermanos. Y así resultan esas comuniones en desorden, precipitadas, silenciosas, sin participación masiva de todos los asistentes, especialmente de los más significativos entre ellos por su edad y formación. El gesto litúrgico, como tal gesto, de esas comuniones es actualmente poco expresivo de unidad.

Se da a menudo el caso curioso de comunidades que hasta la comunión han seguido la Misa con cierta actividad, atentos a las respuestas al sacerdote y que después de la comunión consideran como menoscabo de su acción de gracias el atender a los gestos y palabras del sacerdote. Nada digamos de la costumbre aún frecuente, ¡y precisamente el domingo!, de dar la comunión separada de la Misa o de la misa cantada, la misa por excelencia de la comunidad.

Es necesario educar a nuestras juventudes, para que ellas, al menos, no imiten a sus antepasados, y enseñarles a unificar íntimamente la piedad personal, profundamente interior, con sus manifestaciones externas. Estas no distraen; al contrario, aquilatan, dan solidez, concreción y punto de apoyo a la piedad interna<sup>26</sup>. Para obtener resultados serios y duraderos, el procedimiento no consiste en lanzar indiscriminadamente a nuestras juventudes a una comunión ruidosa y expresiva, sino abrirles lentamente al sentido del hermano, actor con nosotros de la misma Liturgia y realizador, por formar con todos comunidad, de la presencia verdadera de Cristo en medio de la asamblea. Verán a Cristo presente en su pecho, pero también en la asamblea cristiana. La única educación a fondo es la que procede así, del interior, mediante la iniciación seria en el sentido eclesial, inherente

---

<sup>26</sup> «Como nos enseña la psicología, la vida de la intimidad es tanto más intensa cuanto más conscientemente se pone el acto exterior correspondiente. Comienza a revivir, por ejemplo, una canción sólo con oír, mas la vibración del alma sube extraordinariamente con la propia interpretación. Del mismo modo, lo más decisivo en la Liturgia es la íntima participación, que no necesita absolutamente manifestarse al exterior. No obstante, para la intensidad de esta *transvivencia* como para la realización plena de la expresión simbólica toca también un puesto de conveniencia en la acción litúrgica a la participación *externa*.»

al Cristianismo y a la Misa, acto litúrgico, por excelencia, que crea la Iglesia.

#### ASAMBLEA CRISTIANA

La mencionamos en último lugar porque contiene y resume los factores hasta aquí señalados, si la consideramos con perspectiva de síntesis: Cristo, los hombres en Cristo o Cristo en los hombres, los hombres entre sí como miembros de Cristo, que no reunión tumultuosa y sin vínculos recíprocos.

Hoy se habla mucho de la importancia que atribuye la Liturgia a la Asamblea. Esta insistencia, a la verdad, se justifica por el descubrimiento del hombre como habitado por la Divinidad en el acto mismo de recibir de ella la Salvación.

No se trata de esa especie de antropocentrismo, que algunos temen, como si se quisiera dar culto al hombre por el hombre; una especie de idolatría demagógica. Es un modo peculiar, en perfecta coherencia con la antropología bíblica, de descubrir la presencia del Señor en el templo de su Cuerpo Místico: «¿Qué es ser impío —decía un profeta— sino explotar al prójimo?» De ahí que la dignidad de la Asamblea rebota necesariamente sobre Cristo, ya que esos hermanos nuestros son actores de la Liturgia y merecen veneración porque Cristo los ha redimido: sumergidos en el Sacrificio de Cristo, el Señor es quien ora en ellos y les impulsa a ofrecerse.

Minimizar la Asamblea litúrgica es desestimar la presencia de Dios y, por lo mismo, a Dios mismo en sus redimidos. Proviene ello quizá de una especie de platonismo —antropología muy ajena a la bíblica<sup>27</sup>— que rechaza aceptar en las criaturas, como tales, la presencia de la Divinidad.

La Asamblea cristiana es otra forma de revelársenos y entregársenos el Señor, a modo de Sacramento.

Se requiere estar iniciados en este misterio; como en todo cuanto concierne a lo sobrenatural, es necesario que suscitemos disposiciones de fe en la Asamblea cristiana; sin la fe, tampoco podríamos adorar a Cristo bajo las especies sacramentales.

<sup>27</sup> Cfr. Clau-die TRESMONTANT, *Essai sur la pensée hébraïque*, Cerf, Paris, 1956, pp. 64-67.

Los efectos morales en el cristiano que vive con ese sentido de Asamblea cristiana son extraordinarios. En efecto, hoy más que nunca, oprime a la Iglesia la urgencia de que los seglares proyecten su eficaz presencia en el mundo. Ahora bien, viviendo hondamente nuestra fe en la Asamblea cristiana, aquella presencia eficaz en la vida será su corolario normal: cuando los hombres, que en el culto constituyen la Asamblea, tengan que actuar en la Ciudad terrestre, se sentirán impulsados interiormente a servir a sus iguales en el plano de las realidades humanas, habiéndolos contemplado y venerado antes en la Liturgia.

El próximo artículo, complementario del presente, lo consagraremos al estudio detallado de las consecuencias pastorales y catequísticas de las ideas que hoy hemos expuesto.

P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F.S.C.